

Un paso siguiente y definitivo a esta herramienta para el público académico sería que sus textos volvieran a interpretarse en las tablas. Todo puede ser.

Manuel Prendes Guardiola

Carlos ARRIZABALAGA, *Lingüística peruana: Introducción bibliográfica a los estudios sobre el castellano en el Perú*. Piura, Universidad de Piura (Colección Estudios y ensayos, n. 10), 2017, 146 p.

En palabras de su autor, este pequeño volumen ofrece, además de un recorrido por la historia de la lingüística del español peruano, “una visión prospectiva de las muchas tareas pendientes y los nuevos desafíos que plantea el establecimiento definitivo de los estudios lingüísticos en el espacio nacional” (p. 14), tarea que el autor ha logrado cumplir. No se trata, pues, solo de un recuento bibliográfico, sino de que el profesor Arrizabalaga dedica a cada trabajo destacado unas líneas de síntesis de su contenido y una valoración, que no cae en la lisonja gratuita o en la minimización del trabajo realizado, sino en una ponderación de lo bueno, del aporte que este ha dejado, del rasgo diferenciador y de lo malo o de lo que pudo haberse hecho mejor o de otra forma. En este sentido, acerca al lector no especializado al contenido de un material de difícil acceso; y, al especialista lo ayuda a encontrar aquellos materiales que precisa su investigación o que la complementan. Es grato, además, encontrar datos de los autores o del material citado o del contexto de su producción, que ayudan a comprender mejor la naturaleza y características de los trabajos que forman parte de este corpus bibliográfico.

El camino iniciado por Enrique Carrión Ordóñez, con su *Bibliografía del español de Perú* (1973) y seguido a fines de los ochenta (1986), por José Luis Rivarola, quien presenta un sucinto balance de los estudios y perspectivas del español peruano, encuentra su continuación en este trabajo de Arrizabalaga, que no solo recoge y amplía la información precedente, sino que intenta cubrir, con minuciosidad, la brecha temporal desde entonces hasta la actualidad.

Lingüística peruana se estructura en 12 epígrafes que abordan los distintos campos lingüísticos a los que se han dedicado investigaciones, así como los protagonistas indiscutibles de la historia de los estudios sobre el español peruano. De esta forma, Juan de Arona se erige como padre de la lexicografía peruana; Hildebrandt marca el inicio de la lexicografía moderna y de la dialectología regional; José Jiménez Borja representa la defensa normativista del castellano; Alberto Escobar, el precursor de la lingüística moderna en el Perú; Rodolfo Cerrón Palomino, una autoridad en etimología y toponimia andina; Luis Jaime Cisneros, un maestro preocupado hasta sus últimos días por la enseñanza de la lengua y la escritura, así como por la formación lingüística del país. Todos ellos con sus ideas

y sus publicaciones han ido dibujando el panorama de la Lingüística peruana actual.

El libro del doctor Arrizabalaga inicia este recorrido con el aspecto léxico, quizá, por dos razones: por ser los peruanismos el punto de partida de los trabajos lingüísticos propiamente dichos, y, en segundo lugar, por ser este ámbito el que cuenta con más material bibliográfico. Continúa la ruta con los estudios orientados hacia cuestiones gramaticales y enfoques lingüísticos que han ido moldeando las investigaciones sobre el español peruano. También recoge las ideas lingüísticas en torno al modelo ideal de español, que han influido directa o indirectamente en la enseñanza del castellano, sea a través de políticas educativas, sea por medio de manuales o libros de estilo sobre cuestiones de ortografía y gramática, dirigidos, sobre todo, al dominio de la norma culta estándar o a la censura de ciertos usos marcados como incorrectos, por lo que no en pocos casos el ideal de lengua que se ofrece en ellos muestra una norma alejada de la realidad lingüística nacional. Culmina el autor con unas breves conclusiones que resumen lo que ya ha ido manifestando a lo largo de su texto: la necesidad de prestar atención a todas las variedades del español del Perú, pero a través de un trabajo lingüístico serio, de equipo, y con rigor científico.

Como se adelantó, los estudios sobre el léxico inician ese recorrido. Los tres primeros epígrafes de esta publicación están dedicados a los estudios sobre el léxico peruano y los registros lexicográficos con que se cuenta actualmente que se remontan a los primeros vocablos recopilados bajo el nombre de *peruanismos*, en los que Juan de Arona (1883) y Ricardo Palma (1903) no pueden faltar, hasta Álvarez Vita (1990), Ugarte Chamorro (1997), Martha Hildebrandt (1969, 2000, 2012) y el recientemente publicado *DiPerú* (2016). Los peruanismos recopilados en los distintos materiales incluyen voces y, en menor medida, refranes y expresiones usuales en Perú, cuya forma o significado difiere del uso peninsular o del de otros países hispanoamericanos, producto, principalmente, del empleo de los diversos mecanismos que ofrece el sistema para la creación y modificación léxica, así como de la adaptación, más o menos regular, de palabras tomadas de las lenguas autóctonas o extranjeras.

Sigue un apartado sobre el aporte del profesor Pedro Benvenuto Murrieta, en cuya tesis doctoral intenta la ardua labor de describir por primera vez el español peruano en los planos fónico, gramatical y léxico e incidiendo en las diferencias dialectales que este presenta, sin dejar fuera la historia del español en Perú y la influencia de las lenguas indígenas en él. Aunque su tesis fue objeto de críticas por ciertas carencias de rigurosidad científica, es, sin duda, un trabajo pionero y fuente obligada de consulta para el estudio del español peruano.

De otro lado, la peculiar y heterogénea pronunciación del español peruano, que permite la identificación de los paisanos o ponerse en alerta frente a un acento foráneo, así como revelar la idiosincrasia del hablante, es el nivel menos documentado, quizá por la dificultad que supone su estudio con rigor científico

y la falta de una escuela y trabajos en esa línea. El hablar cantando de unos y otros, la aspiración de la /s/ implosiva de los limeños al decir /kúhko/, ese “arrastrar la erre” de hablante del castellano andino al decir /kársho/ o el casi extinto lleísmo que se percibe en /kabállo/ son algunos de los rasgos que han despertado la atención de los estudiosos, pero, lamentablemente, de manera parcelada sin saberse realmente la extensión y vigencia del fenómeno lingüístico. Aquí no se puede excluir el valioso trabajo de nuestro autor del *dejo piurano* en el que analiza diversos rasgos fonéticos del español de esta zona de la costa norte peruana.⁹

Arrizabalaga presta atención también a la historia del español peruano desde inicios de la república, que revela el pensamiento de la época, marcado por la preferencia por un modelo de *castellano* (que no *español*) claramente centralista, que ve en ese idioma el mecanismo para lograr la tan ansiada unidad nacional, un “idioma civilizador” de esa población indígena minusvalorada, un modelo que reniega de las formas dialectales no limeñas y más aún del bilingüismo, visto como traba que impide el dominio de la norma culta, del “hablar bien”. Las lenguas indígenas si bien resultan aceptadas como fuente de préstamos lingüísticos, no reciben el mismo tratamiento si a ellas se les achaca una “mala” pronunciación o una sintaxis anómala, que rompe con la norma culta. La enseñanza del castellano, impulsada como política nacional entrados al siglo XX, impone al castellano como el único medio válido de comunicación y de cultura; las otras lenguas del Perú no tuvieron cabida en este proyecto lingüístico nacional, pensado desde una Lima monolingüe de castellano que impuso su norma al resto de ese Perú, heterogéneo y plurilingüe.

No obstante, la situación ha ido cambiando lentamente. La política lingüística inclusiva que vive el Perú en la actualidad hunde sus raíces en el esfuerzo del profesor sanmarquino Alberto Escobar, uno de los pioneros en tratar de rebatir la imperante educación hispanizadora y monolingüe a favor de tomar en cuenta las lenguas autóctonas, sobre todo el quechua, por ser (hasta ahora) la segunda lengua más hablada en el Perú, tal como lo reveló en su momento el censo nacional de 1961. Sin embargo, tal afán (que pecó de utópico e idealista) se vio truncado por los avatares políticos y la falta de una planificación lingüística nacional que atendiera a la verdadera realidad lingüística del Perú hasta ahora no del todo conocida ni estudiada.

A partir de Escobar el enfoque sociolingüístico entrará con fuerza en los estudios del español de Perú, orientados especialmente hacia el llamado “castellano andino”, fruto de largos años de mestizaje, migraciones internas y contacto de lenguas: la motosidad y la inestabilidad vocálica, la preferencia por algunos tiempos verbales, el loísmo y el doble posesivo son algunos de los rasgos lingüísticos más estudiados.

⁹ Carlos ARRIZABALAGA, *El dejo piurano y otros estudios*. Piura, Pluma Libre, 2008.

Por otro lado, la etimología y onomástica también han recibido atención en la lingüística peruana, aunque es un terreno en el que se debe batallar contra arraigadas etimologías populares o interpretaciones poco convincentes sobre topónimos y regionalismos que no encuentran su explicación en una base hispana. Estos nombres de lugares y palabras de uso común en el habla regional, más bien se explicarían a partir de una lengua indígena, vigente o extinta, cuya influencia se percibe en el castellano hablado en algunas regiones del Perú. La muerte de varias de las lenguas indígenas del Perú durante la época colonial y republicana, la ausencia o escasez de registros escritos, incluso hasta la actualidad, así como las variedades dialectales de las lenguas autóctonas aún vigentes dificultan enormemente la tarea etimológica.

La enseñanza del español como lengua materna en la educación primaria y secundaria lleva también a nuestro autor a incluir en su pesquisa bibliográfica algunos manuales, libros de texto y diccionarios que han ido, de alguna forma, modelando las ideas lingüísticas de sus usuarios, tanto docentes como alumnos. En ellos reconoce sobre todo un afán normativista que censura las desviaciones de la norma estándar hispana y que procura desterrar los “vicios” del idioma, tanto gramaticales como fónicos, en que incurren los hablantes en su expresión más espontánea y alejada del modelo considerado correcto.

Aunque se suele hablar del español peruano como si fuera uno y homogéneo, el autor sabe perfectamente que la realidad es otra y, por tanto, deja claro en su recorrido qué variedades dialectales han sido las más atendidas y qué otras aún aguardan estudios serios. Señala, así, que las variedades privilegiadas han sido la del español de Lima y la del castellano andino. Del hablar de las provincias, el habla piurana ha merecido también estudios importantes como el de Martha Hildebrandt, Aída Mendoza y los suyos como el del *Dejo piurano* (2008), que atiende a cuestiones léxicas especialmente, o el de la perífrasis “está que” más verbo (*está que se baña, está que come...*) (2010), tan típica del hablar piurano. Asimismo, de las variedades diafásicas, explica que se ha estudiado con más empeño la norma culta limeña, el habla coloquial, la del hampa y algunos campos técnicos como el del cultivo del mango o del arroz; entre otros.

Arrizabalaga echa en falta la publicación de un diccionario histórico del español peruano, a pesar de haber trabajos ya enrumbados hacia esa meta, pero que no dejan de ser esfuerzos menores para una tarea de esta envergadura. Del mismo modo, expresa su preocupación por no contar con un diccionario escolar que preste atención a la variedad dialectal peruana y no solo a la hispana, tenida por tradicional, esto es, que reconozca el valor del español peruano que responde a las necesidades de sus hablantes y no tiene por qué someterse a usos foráneos. Asimismo, según el autor, hay un gran campo aun sin explorar en los materiales de enseñanza del castellano como lengua materna que han formado a miles de peruanos, materiales que responden a una forma de entender la lengua, la norma, el habla, que promueven ciertos usos lingüísticos que, a su vez, responden a teorías e ideas lingüísticas y las propagan.

Las distintas referencias bibliográficas de todo el material analizado por el autor se muestran como pies de página a lo largo de todo el libro, aunque, quizá, hubiera sido preferible condensar todas ellas como corpus bibliográfico al final, lo que facilitaría su lectura y búsqueda. No obstante, a falta de este, el libro ofrece un índice onomástico que ayuda en esta labor.

El ligero pesimismo que se percibe al inicio del libro, motivado por la forma en que se ha venido descuidando el terreno de la lingüística y el estudio del español peruano, se va diluyendo a lo largo del libro, que termina con un tono optimista y animando a seguir con las investigaciones en este campo del saber.

Finalmente, lo que podría haber sido una extensa lista de libros, artículos de revistas y tesis de grado y postgrado, en *Lingüística peruana* se convierte en un relato ameno y bien documentado de los distintos actores y circunstancias que han marcado los derroteros de la lingüística en nuestro medio. La recopilación exhaustiva de datos bibliográficos y hasta personales que guardan relación con el material analizado, así como las distintas ediciones que se pueden encontrar de los materiales citados, con sus respectivas modificaciones o agregados, dan cuenta de un trabajo arduo, en absoluto improvisado, sino más bien esmerado y de largo aliento, reflejo del largo recorrido investigador del autor. Asimismo, es natural que en una tarea como la que se ha propuesto el autor haya tenido que, por fuerza, seleccionar, omitir y relegar algunos trabajos o bien comentar solo los que llegaron a sus manos, por lo que la tarea queda aún sin punto final.

Shirley Cortez González

Luis ANDRADE CIUDAD, *The Spanish of the Northern Peruvian Andes. A Sociohistorical and Dialectological Account*. Berna, Peter Lang, 2016.

El estudio de las hablas regionales está no sólo en el inicio de la dialectología hispanoamericana sino también en la base del desarrollo de la lingüística propiamente dicha tal como la conocemos, aunque en su evolución haya derivado hacia características menos empíricas y más interdisciplinarias. Los trabajos de Aurelio Espinoza sobre Nuevo México o de Vidal de Battini sobre San Luis (Argentina) fueron fundamentales para que en esos países se desarrollaran centros de investigación que permitieron a la lingüística superar el enclaustramiento de la gramática tradicional, la etimología y la retórica. En el Perú hubo un intento en los trabajos de Benvenuto Murrieta (1936) y Martha Hildebrandt (1949) pero las circunstancias no permitieron el desarrollo de instituciones que asentaran la lingüística moderna en el sentido en que se desarrolló en países vecinos.